

NIPPUR de LAGASH

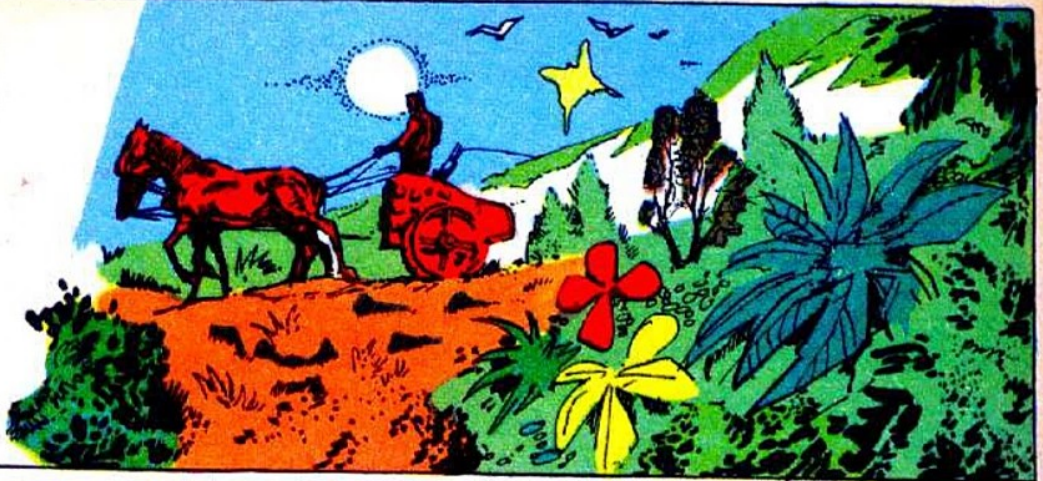
UN MISTERIO LLAMADO MUERTE

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Qué bellos son los días cuando el desfile del sol se va alargando y su barca de oro demora más y más sobre el cielo y hace crecer flores y pastos y agota los árboles bajo el peso de sus frutos. Los arroyos se ven limpios bajando a los llanos desde lejanas montañas que han sangrado su blanca sangre de nieve que luego correrá cristalina entre piedras pulidas y helechos rumbo a la mar inmensa.



Sobre mi cabeza cruzaban las blancas saetas de plumas y cantos, ebrios de sol y efluvios de aromas, volando locamente y cantando y piando sin cesar..



Apoyado en el filo de mi carro dejé vagar pensamientos y miradas a mi alrededor, sintiendo rejuvenecer mi espíritu dentro de mi piel agrietada y de mi experiencia antigua.



(Mira esas flores... Cada una de ellas es una obra de arte tal que no hay joyero ni artista hombre que sea capaz ni siquiera de aproximarse a su belleza...)



(Y yo las miro y estoy tan encallecido que debo hacer un esfuerzo para sentir algo... ¿Tan duro me he vuelto? ¿Tantos años me alejan ya de mi juventud? ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde mis años mozos tan alegres?)



(¿Qué se ha hecho de aquel joven sumerio llamado Nippur que reía con una carcajada tan estentórea?)



(¿Es que le habían matado los caminos y las guerras? ¿Es que su sangre se había ido enfriando ante la falsedad de los hombres y la inconstancia de las mujeres?)



(No. Nada matará al joven Nippur. Debo cuidarlo para que nunca muera. No debo convertirme el día de mañana en uno de esos ancianos que miran con rencor a los jóvenes y olvidan sus verdes años...)



¡Arre! ¡Sigue tu paso, "Grajas"! ¡Arre!





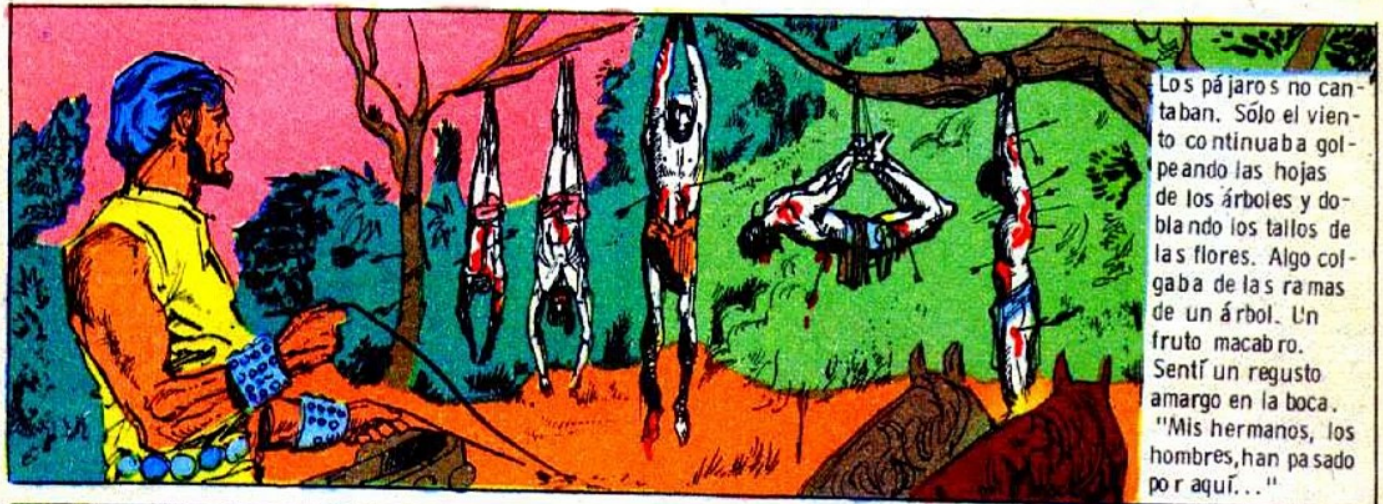
(Un momento... ¿Qué ocurre aquí?
¿Qué hay de extraño en el aire?)



(Los pájaros no cantan...)



(En el camino hay algo...)



Los pájaros no cantaban. Sólo el viento continuaba golpeando las hojas de los árboles y doblando los tallos de las flores. Algo colgaba de las ramas de un árbol. Un fruto macabro. Sentí un regusto amargo en la boca. "Mis hermanos, los hombres, han pasado por aquí..."



(Es una aldea de campesinos... La han arrasado.)



(Veo por las huellas que arrearón el ganado y prisioneros... Excepto los hombres y las mujeres viejas...)



(Hombres de armas, jinetes y carros... Cincuenta al menos...)



No sentí ningún ruido ni vi sombras. Fueron las orejas de mis caballos las que me alertaron...

(Alguien está detrás mío...)



Agua rde tensa como la cuerda de un arco. En el momento de atacarme, quien fuera mi enemigo tendría que hacer un ruido delator...

(Espera, Nippur...)



Y de pronto un crujido de pedregullo y un jadeo...

¡Toma!



Lo aferré de los cabellos cuando pasó junto a mí...



... y le clavé mi rodilla en las costillas con tal fuerza que las sentí retumbar como un tambor.

¡Ah!



Pero..., es un niño...



Me incliné sobre ese cuerpo flaco y doblado por el dolor y lo endrecé. Vi una carita grisácea y los dientes desnudos en la boca gimiente...

Chiquillo tonto. ¿Qué intentabas hacer?



Enderézate despacio... Eso es... Con cuidado. Es peremos que no tengas nada roto.



Tomá. Un poco de vino te hará bien...



Y ahora dime quién eres y de dónde has salido. Me entristece descubrir que he golpeado a un niño aunque ese niño haya intentado separarme los huesos de la espalda con un cuchillo. Habla.



Perdón, señor... Creo que me precipité en actuar, pero culpa a mi miedo y a mi rabia... Mi nombre es Turmo...

Explícate...



Señaló con un gesto amplio las ruinas humeantes y los cadáveres bamboleantes.

Este es mi pueblo...

Entiendo. ¿Creíste que era uno de los que exterminaron a tu gente? -Sí... Ellos también llegaron con carros, escudos y lanzas. Pidieron ganado y forraje. El anciano de la aldea comenzó a explicarle que no podían darle nada sin correr el riesgo de pasar hambre nosotros. Un hombre a caballo se adelantó. Un hombre muy hermoso de cabellos amarillos muy largos. Llevaba un buitre sobre el hombro. Sonreía. Yo que estaba oculto tras un matrazo creí que sería un dios.



"Se detuvo ante el anciano. Sin dejar de sonreír lo tendió de un lanzazo. Luego gritó órdenes y sus hombres rieron, quemaron, mataron y saquearon. Yo lo vi todo."



El buitre volaba de aquí para allá chillando hasta que volvió al hombre del jinete. Se llevaron a los jóvenes del pueblo y se alejaron.



Yo me oculté cuando comenzó todo y sólo salí de mi escondrijo cuando el ruido cesó. Lloré y me arrañé los cabellos sobre los cuerpos de mis padres y entonces oí llegar tu carro.



Quise matarte. ¿Sabes? Mis tres hermanas fueron llevadas con los invasores. Mis únicas hermanas.



Déjame pensar.



Ver. Sube a mi carro.

¿Yo?



¡Sí, tonto!
¡Apura!



Cuando Turmo se hubo afirmado con fuerza en el carro, sacudí las riendas salvajemente y gritando en el estilo de los aurigas helenos lancé mis caballos en una loca carrera por el camino de tierra.



¡Señor! ¡Señor! ¡Vamos en dirección a los asesinos!

¡Lo sé! ¡No te preocupes!

Mi carro volaba y rebotaba en los pozos y desniveles de la tierra lanzando piedras y polvo en nubes a nuestro paso. El viento atronaba en mis oídos y podía sentir el salvaje vigor de mis caballos llegar a mis manos a través de las riendas como si éstas fueran venas que nos unieran en un solo ser.



Y de pronto desembagué en un pequeño valle redondo y cubierto de vegetación y vi carros y tiendas en un extremo.

¡Son ellos! ¡Huyamos!

No.



Detuve mi carro no muy lejos de ellos y descendí. Turmo, aterrorizado, se pegó a mis talones mientras yo avanzaba hacia los mercenarios.

Ven, intentaremos algo contra esta caterva de perros de mala raza.



Los mercenarios se habían puesto de pie al verme llegar. Eran hombres de diferentes pieles y razas, pero hermanos todos en la brutalidad que los empapaba como si es tuvieran bañados en grasa. Un gigante de pelo negro y torso de buey me gritó.

¡Alto! ¿Quién eres y qué quieres?



¿Eres tú el jefe de esta tropa?

Yo he hecho la pregunta, forastero. Contéstame, que no tengo mucha paciencia.



Yo me estaba arriesgando, pero me arriesgaba sabiendo con la clase de hombre con la que tenía que tratar y cómo debía tratarla. E scupí despectivamente al suelo...

¿Un cerdo me pide respuesta a mí? ¡Llama a tu jefe, bola de grasa!



¡Hijo de una perra!



¡Quieto!

Realmente parecía un dios, con su hermosa cabellera rubia, larga hasta la cintura y su rostro perfecto, casi femenino en sus facciones. Sobre su hombro, el buitre, repugnante e informe paraba clavado en mis pupilas rojizas.



Soy Nippur y he servido en muchos ejércitos. Busco una plaza de guerrero que llene mi bolsa y mi estómago. Vi tus huellas y las seguí.

No tienes el tipo de mercenario, Nippur. No hueles a bestia ni apestas a cerdo como los que me siguen. Hablas lengua pura y clásica. ¿De dónde vienes?



De alguna parte como todos.

¿Y ese niño?

Es mi hijo. Va conmigo.



¿Eres intrigante... Tal vez seas un buen soldado. ¿Eres fuerte?



Da a dos de tus hombres que sostengan mi escudo en sus extremos.



Allí lo tienes...



Mira entonces...



Cerré el puño y me llené el pecho de aire hasta que no pude más. Entonces golpeé terriblemente, soltando el aire con un bramido.



Eres fuerte. Ven conmigo.



Espera un momento. Quiero recordar algo a alguien. ¡Eh, tú!

¿Yo?



¡Sí... ¡Tú!

SOCK

¡Ahhhh!



Está muerto.
Es una advertencia. Ningún hombre que me insulta vuelve a ver el sol dos veces.



Mi nombre es Lario y mi procedencia no importa. Basta con que sepas que nací rodeado de una guardia de honor y que mi nacimiento motivó bailes y ofrendas de agradecimiento a los dioses. Luego vinieron tormentas y extraños destinos y debí huir siguiendo el vuelo de los buitres.



Ahora encabezo esta horda con la cual me alquilo a los reyes durante las guerras y con la cual saqueo durante la paz. Llevo fuego y lanzas en mis manos y mi símbolo es el buitre, el comedor de carne muerta.



Estudié su hermoso rostro buscando algo. Sus palabras eran dichas con liviana indiferencia de un cortesano que habla de cosas sin importancia, pero en el fondo de sus ojos vi una llama helada y terrible. Comprendí que había secretos negros y fangosos en su pasado que lo habían convertido en un demonio.
¿Hay lugar para mí en tu ejército?



Sí, pero recuerda que quien ingresa en mi tropa debe olvidar al mundo que deja a sus espaldas. Sólo forman en mis filas aquellos que han sido malditos por los dioses y por los hombres. Sólo se licencia a los muertos.



Nada me sorprendió ya en él ni en la gente que lo rodeaba y a cada momento comprendía con mayor claridad quiénes eran. Eran los malditos. Los rechazados. Los que provocaban el gruñido de los perros con su olor a muerte.
Acepto.

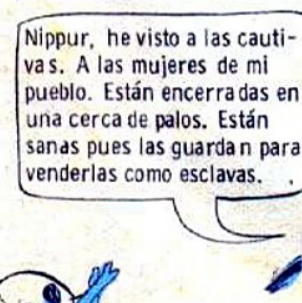


Entonces ve y dismantela tu carro. Puedes solicitar tu comida en cualquiera de los fuegos, pero ten cuidado. En cada campamento siempre dejo cadáveres por riñas.



El campamento era un caos. No había nada en él de orden militar ni cosa parecida. Se oían gritos de ebrios y maldiciones.

(Esto no es una tropa sino un grupo de condenados a los infiernos. Su propia compañía es su castigo.)



Nippur, he visto a las cautivas. A las mujeres de mi pueblo. Están encerradas en una cerca de palos. Están sanas pues las guardan para venderlas como esclavas.



¿Esclavas? ¿Qué clase de carroña es ésta que nos rodea?
¿No tiene límites su vileza?



Escúchame bien, Turmo. Trazaremos un plan para intentar liberarlas. ¿Me oyes?

¿Liberarlas? ¿Qué haríamos con ello? No podríamos huir ni una hora sin que nos alcanzaran con sus carros.



No pienso solamente liberar a las mujeres, Turmo, sino exterminar a todo el grupo.

¡Señor! ¡Deliras!



Haz lo que yo te digo y nada más. ¿ Ves aquellos barriles en aquel cerro?

Sí...



El valle donde habían acampa do los mercenarios formaba una especie de fosa limitada de un lado por un precipicio y del otro por el camino. A los costados se alzaban rocosidades peladas imposibles de escalar.

(La única salida es el camino...)



(Por allí actuaré...)



Los alaridos de los borrachos eran cada vez más estentóreos y en alguna parte escuché el estrépito de espadas chocando. Las hogueras chisporroteaban alestadas de leña vomitando lluvias de chispas rojas hacia lo alto. Un aire tético y loco y demoníaco flotaba sobre el campamento.

(Sí. Un infierno... Un infierno lleno de demonios y en demoniados que se odian y que sin embargo están obligados a vivir uno junto al otro hasta la muerte...)



Y sobre todo ese infierno podía ver la sombra hermosa y sombría de Lario bajo las alas extendidas de su repugnante buitre, su símbolo de carroña y muerte.

(Y al frente de ellos... los dioses me ayuden...)

¡Nippur! ¡Todo está hecho!

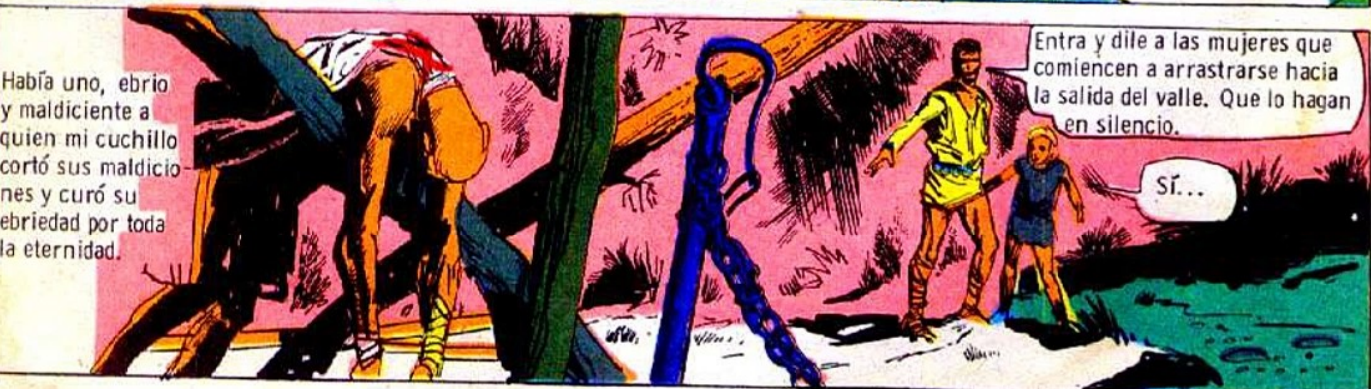


Cálmate. Ahora debemos ir junto a los prisioneros. Tal vez haya centinelas custodiándolos.

Había uno, ebrio y maldiciente a quien mi cuchillo cortó sus maldiciones y curó su ebriedad por toda la eternidad.

Entra y dile a las mujeres que comiencen a arrastrarse hacia la salida del valle. Que lo hagan en silencio.

Sí...



Pude oír confusos murmullos de voces y luego silencio. Las jóvenes eran pastoras y montañesas acostumbradas a moverse en silencio.



(Ahora debo ver el aceite...)

No necesité acercarme a los carros para verificarlo. A casi un tiro de piedra mis pies ya chapaleaban en el aceite que formaba un lago en la entrada del valle.

(Excelente, Turmo hizo todo tal cual se lo indiqué. Ahora hay un mar de aceite entre los mercenarios y la salida del valle.)



Todas las muchachas han salido, señor.

Muy bien. Vayamos hacia el camino. He dejado mi carro cerca de él. Debemos sacarlo junto con los caballos.



Así lo hicimos y en la boca de entrada del valle vi un grupo tembloroso y fantasmal en la noche.

Son las mujeres.



Me volví al vallecito negro donde rugían las hogueras. Más allá estaba el abismo y la eternidad.

Los dioses sean piadosos con vosotros, asesinos. Que ellos lo sean...



¡Porque yo no lo seré!



Arrojé la antorcha sobre el aceite y fue como desatar a los demonios de los interiores de la tierra. Una selva de llamas brotó en trombas. La noche se iluminó con una feroz luz roja.



Los pastos no estaban resecos, pero el calor salvaje del fuego los devoró. Las llamas avanzaron silbando y bramando hacia el campamento. Oí gritos y pensé en los borrachos. Y pensé en los farallones imposibles de escalar de los costados. Y el abismo al otro extremo.



Y pensé que la muerte silbaba entre las llamas y el humo y entre los gritos y relinchos...

(Los dioses se apiaden. Yo no puedo. Apenas si soy un ser humano...)



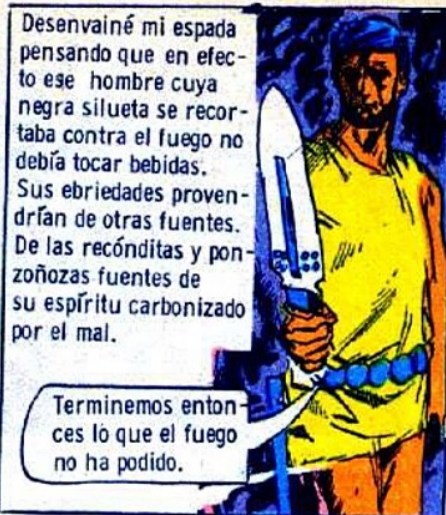
Y de pronto algo atravesó la cortina de llamas, algo como una sombra...

¿Qué...?





Yo, Nippur. Yo. Cuando vi el fuego empapé mi capa en vinagre y envuelto en ella atravesé las llamas. No temo al fuego ni estaba ebrio como mis hombres. Yo estoy vivo. Yo y mi buitre. Yo y mi espada.



Desenvainé mi espada pensando que en efecto ese hombre cuya negra silueta se recordaba contra el fuego no debía tocar bebidas. Sus ebriedades provendrían de otras fuentes. De las recónditas y ponzoñas fuentes de su espíritu carbonizado por el mal.

Terminemos entonces lo que el fuego no ha podido.



Sueñas, Nippur. Nada puede matarme. Ni el hierro, ni el fuego, ni la piedra, ni el rayo. Tengo fuerzas supremas en mí.

Hay algo que puede matarte, Lario. Algo que puede matar o dar vida a cualquier cosa.



¿Qué?

La voluntad de un hombre.



Veamos.

Sonrió diabólicamente y el fuego teñía de rojo sangriento sus manos, su espada, sus dientes y sus ojos y el viento hacía flamear sus cabellos de oro. El fuego continuaba rugiendo y el buitre revoloteaba locamente sobre nosotros.





Cayó de rodillas sobre el suelo y la espada se hundió hasta la empuñadura. Gemía roncamente y sus ojos le giraban incrédulamente en las órbitas.



Me miró un instante y todo su rostro hablaba de terror y sorpresa sin límites. Luego murmuró: ¿Quién...? ¿Quién eres tú? ¿En realidad?



Luego cayó y su rostro se hundió en el polvo. No se movió más.



Señor...

¿Qué?



Es extraño... Cuando mataste al demonio el buitre cayó a tierra de inmediato. Está muerto. Mira.

Sí. Es extraño en verdad.



Entonces miré otra vez el cuerpo de Lario y sentí un escalofrío al ver sus manos... Sus manos que instantes antes eran fuertes y jóvenes... -Se están arrugando, señor... Como si envejecieran...



Démosle vuelta...

No. Déjalo. Hay aquí un secreto espantoso que no nos pertenece y que podría privarnos del sueño durante todas las noches de nuestras vidas. Vámonos.



Vámonos rápido. Los dioses están silenciosos y horrorizados en el viento. Huyamos antes de que se recuperen y borren estas pesadillas con su furia y su justicia. Huyamos.



Cuando estábamos ya lejos oímos el trueno y el aire se llenó de olor a tormenta. El viento comenzó a soplar con fuerza, helado. Me di vuelta hacia el valle. Todo estaba oscuro y sólo los relámpagos iluminaban con su luz el escenario.



Y yo, hombre que me escuchas, yo, Nippur de Lagash, comprendí que a pesar de no haberme asomado al terrible misterio igualmente había perdido el sueño de muchas noches.

FIN